

POR TI, LILI MARLEN

Minanegra

A mi padre se lo comió Madrid. Podría haber sido devorado por la incomprensión del pueblo donde nació pero al primer bocado de intransigencia cogió su maleta, un billete de autobús, los ahorros y escapó a la capital, dejando atrás un matrimonio obligado, una esposa sola y una tripa que comenzaba a crecer.

Mi madre le quería sabiendo que su relación no funcionaría. Eran amigos de la escuela, de los que se cuentan todo, por eso y no por amor se casó con él. Manuel se lo pidió llorando una tarde en la que llegó con el cuerpo cubierto de cardenales. Con veintitrés años su padre le había dado un ultimátum. O se casaba o lo mataba después de haberlo pillado vestido de mujer y pintarrajeado como una fulana.

Se casaron en el setenta y siete, en una España que empezaba a despertar de un profundo letargo. Se respiraban aires de cambio, leves soplos que muchos obviaban reconocer. Lo intentaron, me contó mamá, pero tres meses después mi padre se marchó de casa despidiéndose de mi madre, ilusionado con triunfar en la capital. Papá brillaba demasiado en un pueblo opaco y gris.

Ella no derramó una sola lágrima y sacudió su tristeza como un perro se sacude la lluvia. Fingió un duelo que no sentía y siguió con su vida, contenta por ser madre y feliz sabiendo que papa estaba donde siempre quiso estar. El paso del tiempo calló los rumores y dio paso al olvido.

A mi padre se lo comió la noche madrileña, la pensión para artistas de Doña María y unos zapatos de tacón rojos del cuarenta y dos que encontró en los saldos de unos grandes almacenes. Vivía en plena Gran Vía, cerca del Teatro de Variedades, donde encontró trabajo como tenor en una zarzuela chica. Fue su primer y último trabajo como Manuel del que no guardó mejor recuerdo que las cincuenta mil pesetas que ganó por temporada.

Compartía habitación con un mago asturiano y el baño y la comida con Paqui y Julia, actrices de destape en películas de segunda. El quinto inquilino y su mejor apoyo era Mariano, cantante de ópera y de orquesta los fines de semana. Fueron lo más parecido a una familia que papá tuvo en un Madrid en el que la soledad devoraba con crueldad a los recién llegados.

En casa, Manuel formaba parte de la normalidad de nuestra vida. Desde que nací, mamá me leía sus cartas. Llegaban a primeros de mes, siempre con algún billete intercalado entre las innumerables hojas. Papá contaba historias que a nosotras nos parecían aventuras fantásticas e increíbles.

Yo crecía y las cartas se fueron espaciando. Preguntaba por papá a menudo, mamá decía que era un gran artista, “artista” con mayúsculas y los buenos, como él, se deben a su público y no están para

cuidar familias ni niñas preguntonas. Yo no lo entendía porque era pequeña, pero aprendí a vivir con normalidad su ausencia, una niñez de cartas escondidas, sobres, dinero e historias mágicas...

Supimos que comenzó a travestirse al segundo año de llegar a Madrid. Tenía un físico espectacular, alto y moreno, con unos ojos negros que hipnotizaban. No le fue difícil convertirse en mujer. Al principio, con los ajustados y cortos vestidos que le dejaba Paqui con los que aprendió a gustarse a sí misma y a moverse en el improvisado escenario en el que convirtieron el salón de la pensión. Más adelante mandó coser por encargo sus ropas a una modista del barrio. Se dejó crecer el pelo y se tiñó de rubio platino, al más puro estilo Marilyn. Aprendió a maquillarse y muchas noches bajaba a la calle vestida de mujer, envuelta en perfumes clandestinos buscando compañía.

Soñaba con ser actriz. Tenía arte, una preciosa voz y un cuerpo espectacular. Para hacer frente a los gastos cantaba en la orquesta con Mariano, embutida en miles de lentejuelas y abrazada por boas interminables de vibrantes colores. Se hacía llamar Lili Marleen, por su actriz favorita, a la que imitaba perfectamente en el escenario. El resto de la semana lo pasaba en salas de cine de sesión continua anhelando ser Annie Hall o la teniente Ripley y acudiendo a clases de interpretación y canto sin faltar un solo día.

Siguió escribiéndonos esporádicamente algunos años más. Castings, publicidad, teatro y pequeñas actuaciones en películas de baja calidad, nos decía en sus cartas. Mandaba carteles y folletos en los que aparecía su nombre “Lili Marleen” pero nunca vimos una imagen suya. Cuando tenía doce años llegó un paquete más grande de lo habitual. Era la fotografía enmarcada de una voluptuosa rubia que miraba a la cámara con seguridad, sonriendo de manera generosa y sensual mientras se tapaba el pecho con unos larguísimos guantes blancos. Mamá y yo nos miramos... no había nada que decir, ninguna palabra podía definir la de mujer que estábamos viendo.

Nosotras forjamos una vida en torno a mi padre. Una familia de tres con papá siempre presente en casa. El abuelo nos visitaba a menudo, nunca dejó que nos faltase nada. Mamá decía que ya faltaba lo más importante y que tenía la conciencia sucia. Aún se la tenía jurada a papá y aprovechaba cualquier momento para decirnos “un transformista es puta o artista y Manuel mucho arte no tenía” Esos comentarios nos dolían pero no le prestábamos atención, papá había elegido el camino correcto, el de su propia identidad y el abuelo jamás lo entendería.

Cuando papá se marchó, mamá estaba embarazada de dos meses. Fue la única vez que estuvieron juntos y fue suficiente para darse cuenta que no podría vivir así. Mamá nunca le habló de mí, de mi existencia y yo sabía que así debía ser, por su bien. De haber sabido que era padre hubiese vuelto al pueblo a cuidarnos. Le queríamos tal y como era, entendiendo su valiente decisión de huir. Escapar de

un cuerpo que no era suyo y vivir. Mamá y yo éramos felices así y nos gustaba pensar que él también lo era...

Y mientras yo crecía, papá también lo hacía. En los noventa actuaba en diferentes teatros de la capital. Fue Julieta y Melibea, Desdémona y Bernarda Alba, veló a Mario cinco horas y fue humilde Ofelia. Ocasionalmente llegaban folletos, recortes, críticas y dinero que mi madre seguía guardando para mis estudios.

Y un día ya no llegaron cartas. No había noticias carteles o fotos. Transcurrió un año sin saber nada y mamá comenzó a preocuparse. Con la excusa de una visita a una prima enferma cerró la mercería y nos plantamos en Madrid. Nunca habíamos salido del pueblo y entendimos porque papá allí pudo vivir oculto entre el frenético bullicio de la urbe. Fuimos al único lugar del que teníamos referencia... la pensión de Dña. María para artistas, que aún seguía abierta.

Nos recibió una señora mayor de rostro amable. Regalándonos una amplia sonrisa nos invitó a pasar. Le dijimos que éramos del mismo pueblo de Manuel y habíamos pasado a visitarle sabiendo que vivía allí. No creo que la engañásemos porque me miró a los ojos y reconoció en ellos una mirada que conocía bien.

“Todo artista acaba creando su propio teatro y Manuel no iba a ser menos” nos dijo lacónicamente.

El último año fue muy negro para Lili – nos aclaró- no supo escoger ni teatro, ni público, ni amistades...Trasnochaba, bebía y tomaba drogas casi a diario y se rodeaba de gente poco recomendable. Se había echado un novio que la pegaba, pero estaba loca por él y siempre acababa perdonándole. Venía a dormir alguna que otra noche en las que las palizas eran insoportables. Llegaba magullada y entre lágrimas nerviosas la veía dormirse en inquietos sueños. No la llamaban para trabajar y había descuidado mucho su aspecto. El alcohol, la cocaína y las continuas palizas la tenían consumida, la estaban matando... Alguna vez la acompañé a denunciar pero cuando se serenaba quitaba la denuncia y volvía con él. Eso fue su fin- nos dijo- conteniendo las lágrimas.

Recogió un periódico de la estantería y nos lo entregó perfectamente doblado, -lo tenía guardado para vosotras, sabía que algún día alguien preguntaría por Manuel- nos dijo mientras nos abrazaba.

Mamá abrió el periódico y lo cerró con prisa. Antes de que lo doblase de nuevo pude llegar a leer la portada del diario sensacionalista:

“Travesti asesinado en Gran Vía. Detenido su amante siciliano en la estación de Chamberí”

Hacia un mes que a Lili Marleen se lo había comido Madrid.